A

DOÑA ISABEL LA CATOLICA

EN EL

CUARTO CENTENARIO

DEL

DESCUBRIMIENTO de AMERICA.

POR

Juan Fermin Aycinena,

(De la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Real Academia Española.)



GUATEMALA

Tipografía "La Unión." Octava Calle Poniente, 6

1892

A DOÑA ISABEL LA CATOLICA

EN EL

CUARTO CENTENARIO

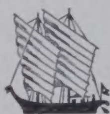
DEL

DESCUBRIMIENTO de AMERICA.

POR

Juan Fermín Aycinena,

(De la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Real Academia Española.)



GUATEMALA

Tipografía "La Unión." Octava Calle Poniente, 6

1892

A Doña Isabel La Católica

En el IV Centenario del Descubrimiento de América.

I

Como después de la hórrida tormenta,
En que se enluta el cielo
Con nubarrones negros, apiñados,
Y fragoroso, cárdeno revienta
El rayo, hinchendo de pavura el suelo,
Aparece más bella y más graciosa
La luna esplendorosa
En su carro de nubes platëadas,
Serenando del mundo las miradas;

Así en la hermosa tierra
Que de Pirene al golfo gaditano
Destrozara el feroz mahometano
En siete siglos de implacable guerra,

Augurio de esperanza y de ventura,
Iris de paz, resplandeció radiante,
En bienhadado instante,
De una princesa heroica la faz pura!

El torpe vicio, lúbrico, asqueroso,
Con sus inmundos ósculos mancilla
El trono de los reyes de Castilla,
Que un tiempo, ¡á los iberos tan glorioso!
Sembraron de laureles
Alfonsos y Ramiros y Fernandos!
En destructores bandos,
A su monarca y á su patria infieles,
Los magnates y pueblos divididos,
Coronan las altivas fortalezas,
No de brazos leales y aguerridos
Que á la morisma abatan
Con heroicas hazañas y proezas,
Sino de abyectos, viles foragidos,
Que ultrajan, roban, matan
A los inermes, míseros viajeros,
Y alardean de nobles caballeros!

Pero ¿qué más? el templo, el templo mismo,
Al Dios de las virtudes consagrado,
Con sacrilegio torpe es profanado
Por la planta del ciego fanatismo!
Se vió entonces al monje y al prelado
Que bendecir y perdonar debiera,
Por báculo blandir aguda lanza
En la mano altanera,
Y atizar en las turbas la venganza!

Todo era confusión! Huyó á esconderse
En los humildes pechos la Justicia,
Triste y avergonzada,
Viendo bajo la cúpula dorada
Del alcázar, la sórdida avaricia,
La adulación rastrera,
De lengua ponzoñosa y embustera,
La envidia ruin, que el amarillo diente
Clava en el alma y su veneno inmundo.
¡Guarida de los vicios, pestilente,
Fué el débil trono de Don Juan Segundo
Y Don Enrique Cuarto, *el Impotente!*

Y ¿quién podrá el cadáver asqueroso
A la vida tornar, prestarle aliento
Y fuerza y energía?......
¡Si un vástago se alzara vigoroso
De la robusta y noble dinastía
Del gran Pelayo!.... el vil abatimiento
La alma patria del Cid, sacudiría!
Y si el León dormido
Del letárgico sueño despertara,
Su tremebundo y hórrido rugido
Al universo todo amedrentara!

II

Despertará, despertará sin duda!
Una princesa con su blanda mano
Será la que sacuda
La inercia del León: al alto trono
Que dejaron en mísero abandono

Su débil padre y su indolente hermano,
Subió Isabel Primera:
La gracia y la virtud habían hecho
Nido de amor en su apacible pecho;
Y la nación ibera,
Bajo del áureo cetro victorioso
De aquella Reina sabia y justiciera,
Iba pronto á medir lindes tan grandes,
Que del inmenso océano las olas,
De Parténope antigua hasta los Andes
Doquier besaran tierras españolas!

Como al llegar, de adelfas coronada,
La Primavera sonrïente y pura,
Brotan bajo sus piés las gayas flores
Que tapizan del bosque la espesura,
Y cuelgan de los árboles floridos,
Para abrigar sus plácidos amores
Las tiernas aves sus calientes nidos;
Así al subir, con noble gentileza,
De majestad vestida y de grandeza,
Al trono secular de sus mayores
La gran Reina Isabel, con Don Fernando
Su excelso y digno esposo,
Tornó Castilla á su esplendor glorioso!

Vuelve á empuñar el cetro soberano,
Cual otros tiempos, la eternal Justicia;
Y la fulmínea, triunfadora espada,
Terror y asombro al fiero mahometano,
Fué en las ondas del Tajo retemplada.
Huyó á su aspecto la ávida codicia
Y el asqueroso enjambre

De cortesanos viles, insolentes,
Que esconden en sus senos pestilentes
El vicio, el crimen, la miseria, el hambre....!
Trémula de ira sacudió en el Orco,
De sierpes erizada su melena
La triste envidia, y de la atroz venganza,
Contra Isabel, rugiendo como hiena
Las furias todas del averno lanza!
Hirviendo en rabia y sanguinario encono
Surgió el horrible espectro de la guerra:
El Portugués le lleva de la mano,
Avido de escalar el regio trono
Y de regir al pueblo castellano.
De luto y llanto se cubrió la tierra;
Como tigres, hermano contra hermano
Luchaban con satánica osadía;
Y viéndolos ¡ay Dios! despedazarse
Y en sangre de ellos mismos anegarse,
De gozo el agareno sonreía!

La justicia triunfó!: la mano fuerte,
La proverbial, insólita bravura
Del ínclito Fernando, que la muerte
Lleva en la punta de su invicto acero,
Precipitó, del anchuroso Duero
En las ondas revueltas, la locura
Del ambicioso Alfonso, *el Africano*,
Que con su prometida
La infeliz Doña Juana,
Para salvar la vida
Abandonó la tierra castellana.

En sus secretos íntimos el cielo
Para premiar el ardoroso celo

De Isabel y Fernando, los destina
A la más grande y estupenda hazaña
De levantar á la abatida España
De su oprobiosa postración. La encina
Sus prepotentes ramas extendiendo
En la floresta secular, domina
Los árboles gigantes
Que en derredor se alzaban arrogantes!

Fernando ciñe á su gloriosa frente
Por paternal herencia, la corona
Del Reino aragonés: de su valiente
Ánimo ensalza y por doquier pregona
El clarín de la Fama vocinglero
Los nobles rasgos y el ardor guerrero.

Bajo de un cetro vigoroso, unidos
Una vez más sus indomables brazos
Aragón y Castilla entonces vieron:
A los reyes, del pueblo tan queridos,
Estrechaba el amor con dulces lazos;
Y de la gloria el ímpetu sintieron
Sus pechos golpear los españoles,
Como al trabajo soñoliento agita
La aurora que despierta entre arreboles.

Del musulmán la raza altiva y fiera
Ha siete siglos que arrastró en el lodo
Rota en girones la ínclita bandera
De Recaredo el Grande,
Que al sucumbir abandonara el Godo!
Pelayo la levanta!; y una á una,
De Astur glorioso á la inmortal Sevilla,

Que corona la nítida Giralda,
Los cristianos monarcas de Castilla
Arrancan á la impía media luna,
Como el atleta griego la guirnalda.
En lucha atroz, en espantable guerra
Las queridas entrañas de su tierra!
Mas flota aún la enseña tan odiada
En las soberbias torres de Granada!

III

A debelar el recio balüarte
En que resiste atrincherado el moro,
Como entre matorrales bravo toro,
Levantan en la diestra el estandarte
Los reyes de Castilla; y las mesnadas
En pos de los invictos caballeros
Esgrimen como rayos los aceros
Y vuelan azuzadas
Por el ardor de gloria
A conquistar laureles de victoria.

Mientras Fernando, de alazán nervudo
Los hijares solícito espolea,
Y al frente de sus tropas, corajudo
Cual otro Cid, intrépido guerrea,
La Reina de Castilla no descansa;
De víveres acopia provisiones,
Los rencorosos ánimos amansa
Y reconcilia nobles corazones
Que antiguos odios fieros separaron;
El amor de la patria les infunde

Su persuasivo labio,
Y el entusiasmo en los iberos cunde:
Los pueblos á su voz, todos volaron
A vengar el agravio
Que hace á la fe la media luna impía!
De la incansable Reina, que aparece
Radiante como Palas,
O cual arcángel de argentadas alas,
En el bélico estruendo, y que enardece
Del soldado el valor con su energía,
Los esfuerzos el cielo bendecía!

¡Rindió por fin la indómita Granada
Ante los reyes su feroz turbante!
Sobre la Alhambra se ostentó triunfante
La enseña de la Cruz enarbolada!
Una es España yá!: desde Pirene
A la famosa Gades, todo humilla
Su frente á los Señores de Castilla!
Una patria, una fe y un trono tiene
El español, y á acrecentar su gloria
Lleva en su pecho al Dios de la victoria!

IV

De la campaña el éxito aguardaba
Un genovés marino
En el rëal de Santa Fe: soñaba
"A través del océano profundo
Trazar sobre las ondas un camino
Que rodëara el círculo del mundo:
Y navegando rumbo al Occidente
Tocar los lindes del remoto Oriente!"

Ese hombre era Colón!: su pensamiento
Génova despreció: y el lusitano
Monarca y pueblo le trató de insano!......
Haraposo y hambriento,
Fija la mente en su inaudita hazaña,
Llega á tierra de España,
Y vá á tocar la puerta de un convento,
Do Fray Juan Pérez, digno franciscano
Le estrecha entre sus brazos como amigo,
Parte con él su pan y le da abrigo:
¡Ah! su ingenio sutil toca y sondea
Del gran marino la profunda idea!

Confesor de la reina el religioso,
En otro tiempo, amigos en la corte
Conserva aún, y al argonauta envía
Con letras, que su pecho generoso
Pintan, y de su alma la hidalguía.
La crítica mordaz con su escalpelo,
De Colón el proyecto desentraña,
Le hace pedazos, desmenuza y troncha
—Como á la yerba la fatal guadaña—;
Siembra desconfianza y vil recelo
En los ánimos....; todo allí respira,
En derredor del trono,
Contra el nauta desdén ó vil encono!
Y todo á detener el noble anhelo
Del abnegado soñador conspira!
Pocos alcanzan, pocos, que á aquel hombre
De tan oscuro y despreciado nombre,
Es el Dios de los mundos quien le inspira!

¡Ah! tú le comprendiste,
Magnánima Isabel, en tu alma bella

Resplandeció, cual la polar estrella,
La inspiración divina, y acogiste
Al gran Colón cual madre cariñosa!
Cuantos estorbos pérfida oponía
A la empresa gloriosa
La vanidad, la estúpida ignorancia,
La vil superstición, la cobardía . . . ,
Supo desbaratarlos tu constancia
Y el noble celo que en tu pecho ardía!

No de las Indias codiciaba el oro
Ni las fúlgidas perlas orientales
Tu desprendido corazón: tesoro
De más rico valer, en lontananza
Seduce tus miradas maternales
Cual viva luz de célica esperanza:
"Llevar la fe de Cristo á las naciones
Que del inmundo paganismo ciego
Devora el torpe fuego!
¡Conquistar para Dios los corazones!"

Por tí trazó el intrépido marino
Sobre las olas túmidas de Atlante,
Con la proa cortante
De carabela frágil, un camino
Que enlaza de dos mundos el destino.
Por tí tan sólo pudo
Llevar á cabo la estupenda hazaña
Que abrillantó los timbres del escudo,
Honor y prez del pabellón de España!

Y cuando el nauta, cual valiosa ofrenda
De gratitud, ante tu egregio trono
Te entregó por joyel un nuevo mundo,

Tú lo aceptaste como dulce prenda
De cariño profundo,
Que encomendaba á tu ferviente celo
De Católica Reina, el alto cielo.

La clara luz del Evangelio santo,
Más fúlgida que el sol, con que ilumina
El resplandor de la Verdad divina
El alma de los míseros mortales,
Abriéndole horizontes eternales,
Gracias á tu favor ese hemisferio
Miró hermosa brillar, cuando gemía
Bajo oprobioso imperio,
Triste y abandonado
Como vil paria, á la cadena atado
De la procaz y ciega idolatría!

Acatando tus órdenes sumiso
En alas del amor y celo ardiente
El apóstol del Mártir del Calvario,
Tosca cruz en la diestra y un rosario,
Se lanza audaz al nuevo Continente;
Huella su pié barrancos y montañas
Erizados de abrojos y alimañas:
De la alma fe la bienhechora lumbre,
Y del saber, del arte y la cultura
Las útiles nociones, con blandura,
Al son de dulce cántiga piadosa
Derraman en la inmensa muchedumbre,
Salvaje y cautelosa,
De antropófagos fieros
Idolatras de dioses embusteros.
Con su sangre benéfica sellaron
Muchos la santa fe que predicaron!

La esclavitud del indio te estremece,
Oh Reina generosa!
Quieres romper sus hórridas cadenas!
Y si el abuso pérfiido guarece
Su sed de oro y su insaciable saña
Bajo el amparo tuteler de España,
Aunque sea Colón, tú le condenas!

A la tierra, que el cielo te ofrecía
Como blasón espléndido de gloria,
Prez eterna de tu ínclito reinado,
Le dió tu corazón cuanto tenía!
Y en los Andes los siglos han labrado
Un trofeo inmortal á tu memoria!

Magnánima Isabel, de tu diadema
Las finísimas perlas que empeñaste
Para auxiliar al gran Colón, emblema
Fueron feliz de las que pronto hallaste
Con estupor profundo,
Al ver postrado ante tus pies un mundo!

Y cuantas almas de ese mundo gana
Para la fe divina el cristianismo,
Arrancadas al fiero gentilismo,
Son perlas con que el cielo galardona
A la más grande y digna Soberana,
Esmaltando con ellas su corona!

Guatemala 12 de Octubre de 1892.

Juan Fermin Aycinena.